

La calle para el martes 28 de septiembre de 2010
Diario de un espectador
La Güera y el Emperador
Miguel ángel granados chapa

Quedamos ayer en que, al ingresar a la ciudad de México a la cabeza del Ejército Trigarante, el 27 de septiembre de 1821, Agustín de Iturbide desvió el trayecto del desfile para llegar al Zócalo por la calle de Plateros. Era preciso para él que su amiga La Güera Rodríguez lo viera en su esplendor militar. De igual modo, el día en que fue coronado, al regreso de la Catedral hacia su palacio, desvió “la ruta original de la procesión para pasar frente a la casa de la Güera Rodríguez. Los oficiales de guardia lo secundaron sin chistar y la procesión, desorientada, fue tras ellos”.

Quien habla es Rosa Beltrán, autora de un magnífico fresco sobre los días de Agustín emperador, Es tal fie el retrato de lo acontecido entonces, que el resultado deviene caricatura. El libro se llama con justeza *La corte de los ilusos*, pero igualmente hubiera podido titularse de los *farsantes*, de los estúpidos, dados todos los miembros de la Corte a fabricar un mundo inexistente sobre las ruinas del país que, ya independiente, quería ser republicano.

La emperatriz fingía no saber, pero bien que sabía de las andanzas de su marido con la célebre señora a la que un mínimo rubor impedía presentarse en público junto al Emperador. Pero enviaba a sus hijas, Josefa, Paz y María Antonieta de Villar Villamil y Rodríguez Velasco a los festejos imperiales. Junto con Rafaela, prima de Iturbide, marquesa de Alta Peña (uno de los muchos títulos de oropel creados para que el imperio de juguete pareciera de verdad), “las únicas damas realmente dignas de los ajustados trajes y complejos tocados” eran ellas. Las “Tres Gracias” eran invitadas sin su madre: “Alguien murmuró que se temía que la belleza de ‘Venus’, como llamaban a la Güera Rodríguez opacara la magnificencia de la coronación”.

Cuando el Emperador dio la orden de pasar frente a la hermosa señora, la Emperatriz reflexiono: “Hasta ese momento...no había podido decidir si era bueno o malo que su marido acudiera a las tertulias de postín de la Güera Rodríguez y no a las de doña Petra Teruel de Velasco, como le habían aconsejado sus amigas. Pero ahora que iba caminando sola y veía a su marido alejarse cabalgando rumbo al balcón de la Güera en pleno día de su coronación, adivinó que dejarlo acudir a sus tertulias no sólo había sido malo, sino pésimo. Malo había sido también creerle a pie juntillas cuando él le decía que debía salir de urgencia a medianoche, pretextando que era preciso poner a raya a don Guadalupe Victoria a Vicente Guerrero o al general Felipe de la Garza en ese mismo instante. Malo y remalo. Tonta, tontísima. Pésimo había sido creer ciegamente en aquella intempestiva salida de Iturbide, dizque que con el objeto de apañar al manco Albino

García en pleno monte a las tres de la mañana o aquella otra donde, más tarde lo supo, ni había habido abrazo ni había sido en Acatempan.

“Ahora se veía obligada a vivir la humillación del cambio de ruta y a caminar por calles enfangadas con el ánimo estropeado y bies del vestido hecho un ciricisco.

--¿Y esta es la Ciudad de los Palacios? –preguntó Ana María al general Valdivia, como si se lo estuviera echando en cara.

El general se limitó a sonreír, con cara de estar pidiendo una disculpa.

La comitiva pasó entre zanjas que rebosaban inmundicias y los desfilantes se vieron obligados a librar, como pudieron, algunos caños sembrados de aguas cenagosas”.